Filipo II y et arte de la guerra

ARTURO SÁNCHEZ SANZ

A Cecilia, mi amor. A mi familia.



Introducción	9
El reino macedonio	15
Origen, territorio y geografía	17
Tradiciones e instituciones de los macedonios	19
Los primeros reyes macedonios	24
Filipo II de macedonia	31
Negociaciones de paz y conflictos finales	52
Las reformas internas de Filipo	73
La formación de un nuevo ejército	79
Armamento	84
Infantería: la falange macedonia	86
Caballería macedonia	91
El poderio naval macedonio	95
Tácticas y poliorcética	99
Grandes batallas: Queronea	106
Macedonia a la muerte de Filipo	115
La tumba de Filipo II	121
Anexos	131
Bibliografía	141





"Se ha convertido en el más grande de los reyes de Europa en su tiempo" Diodoro (XVI. 95, 1)

"En Europa jamás existió un hombre como Filipo, Hijo de Amintas"

Teopompo de Quíos (FGrH, 115, F27)

En medio de la noche, una figura caminaba por el reciente campo de batalla, la Cojera y los cuerpos de los enemigos dificultaban sus movimientos mientras observaba la llanura de Queronea. Filipo II de Macedonia se había convertido, por derecho propio, en uno de los más grandes militares y políticos de la historia de Grecia y el más extraordinario que, hasta ese momento, habían engendrado las norteñas tierras de Macedonia. Sus acciones cambiaron el devenir de la Grecia continental y, de haber podido, posiblemente del Imperio persa, tarea que finalmente llevaría a cabo su hijo Alejandro III cuando ya todo había sido preparado por él. Genio militar, unificador de Grecia, constructor del más grande Imperio macedonio hasta la fecha, astuto diplomático y hábil político, pero ante todo un soñador audaz en busca de la gloria. La vida de Filipo II de Macedonia es tan apasionante como desconocida, en parte eclipsada por la grandeza, aún mayor si cabe, de su propio hijo, pero no por ello menos importante, ya que pocos saben que sin las bases que sentó Filipo la aventura de Alejandro Magno pudo no haberse iniciado nunca.

Se desconoce con certeza si la conquista del Imperio persa formaba parte de sus planes desde el principio o si se trató una idea que se fue abriendo paso con el devenir de los acontecimientos. Sea como fuere, antes de ello debía hacerse con el control de Grecia, tanto para proteger su reino como para asegurar su retaguardia antes de partir a Oriente. Ambos objetivos eran proyectos descomunales, nunca realizados hasta la fecha, pero ello no le asustó. Filipo era un rey cuyo reino estaba tradicionalmente amenazado y que, si bien contaba con unos recursos potenciales enormes, a lo largo de su historia nunca había destacado, siendo su mayor preocupación hasta entonces el no ser absorbido por sus belicosos vecinos tracios, tesalios, ilirios, etc. incluso, atenienses. Siempre fue claramente consciente de todo ello y tras conseguir, no sin dificultades, la cohesión del reino macedonio, uniendo a las numerosas tribus que lo componían, logró obtener los recursos necesarios para reformar y crear un ejército tan poderoso armamentística y tácticamente que no tuvo precedentes. La renovada maquinaria militar macedonia le ofreció en pocos años el control sobre sus enemigos fronterizos y así como sobre la Grecia continental, sometiendo a grandes potencias como Atenas, Tebas, Tesalia, Iliria o regiones peligrosas como la vecina Tracia e incluso la lejana Escitia, ampliando las fronteras del reino macedonio más allá de lo que nunca soñaron sus habitantes ni sus predecesores.

Mujeriego, violento, bebedor y ambicioso, pero también valiente, buen orador, ingenioso y astuto, así describen los autores clásicos a una figura que despertó tanta admiración como odio. Apenas nos quedan fragmentos de autores contemporáneos a Filipo y nada de obras extensas que sabemos se escribieron sobre el reino macedonio: como las de Marsias de Pela o Nicomedes de Acanto, Duris de Samos, Anaxímenes de Lámpsaco o Teopompo de Quíos. Así, sólo contamos con algunos fragmentos y con fuentes indirectas, partidistas, en muchos casos tardías, que debemos asumir con cautela y entre las que destacan los relatos de admiradores como Esquines o de enemigos como Demóstenes, junto a los relatos de Polieno, Diodoro, Plutarco, Rufo Quinto Curcio, Pompeyo Trogo o Justino para quien, si bien Alejandro prefirió a lo largo de su vida ser temido, Filipo optó por ser amado, pues su capacidad de persuasión era tal que podía conseguir que casi cualquier persona hiciera casi cualquier cosa. Pero no nos es fácil descubrir objetivamente la verdadera personalidad de un gobernante sobre el que la mayor parte de la información de la que disponemos proviene de sus detractores atenienses que, como opositores de los sistemas monárquicos, lo veían como un opresor ávido de poder y se cebaban en destacar sus bárbaras costumbres frente a la civilizada Grecia, o de los aduladores posteriores que lo destacaron como gobernante modélico. Sea como fuere, Filipo mostró una personalidad única que, a pesar de los calificativos vertidos desde Atenas, reflejaba en su educación una ya larga tradición de influencia helena en su reino y que él trató de fomentar a todos los niveles, incluso en la formación de sus vástagos, de entre los que destacó por meritos propios Alejandro, quien tuvo como preceptor al mismísimo Aristóteles.

Arturo Sánchez Sanz

Filipo siempre se sintió griego y se codeó con figuras de la talla del propio Aristóteles, Epaminondas, Pelópidas, Pammenes, Isócrates, etc. Aunque desde el resto de Grecia se viera a Macedonia como un territorio lejano habitado por bárbaros, sus acciones no tuvieron precedente ni en Macedonia ni en Grecia y tras una serie de victorias militares y políticas llegó a convertirse en la figura más importante de su época. Una carrera cuyas dificultades mostraban las numerosas cicatrices de su cuerpo, su cojera y su ceguera de un ojo que no hacen sino demostrar la grandeza de su genio y el valor que demostró en el campo de batalla.





Origen, territorio y geografía

Según la leyenda transmitida por Diodoro (I, 18; XX, 3), el legendario fundador de la estirpe real macedonia y de su reino fue un mítico rey llamado Makedon, hijo del dios Osiris y de la diosa Isis. Se dice que durante la V Dinastía egipcia (2.500-2.350 a.C.), Osiris se lanzó a la conquista del mundo, acompañado de sus hijos Anubis y Makedon. En Tracia derrotó a su rey y estableció en el trono a Makedon, pasando con el tiempo dicha tierra a llamarse Macedonia y siendo adorado en ella Osiris bajo el nombre de Zeus. Pero Hesíodo, en sus Fragmentos, nos ofrece otra versión donde Makedon habría sido en realidad hijo de Zeus y la ninfa Tetis, teniendo, además, un hermano llamado Imán o Magnes. No son los únicos autores clásicos que le mencionan en sus textos achancándosele diversos progenitores. Sea como fuere, se cree que entre el 2000-1900 a.C. se produjo una migración de tribus protohelénicas originarias de las montañas de Pindo, situadas al Noroeste de la península griega, y compuestas en su mayoría por dorios, quienes ante escasez de tierras cultivables para alimentar al exceso de población, iniciaron su marcha junto a Makedon y sus partidarios, asentándose en el lugar que más tarde se llamaría Macedonia. Por su parte, Magnes habría hecho lo propio más al Sur en la que se llamaría Magnesia.

En el momento de su entrada en la historia se desconoce con certeza de dónde procedía el pueblo originario que llegaría a hacerse con el control del territorio que más tarde sería llamado Macedonia. Según Tucídides, en el siglo VIII a.C. ya se encontrarían en las áreas montañosas al Oeste de la región de la Alta Macedonia, entre los ríos Axio y Haliacmón. Esta se constituía por amplias llanuras elevadas, como la de Ematia, y altiplanos separados por cadenas montañosas como el Pindo, el Grammo, el Vitsi y el Peristeri. En ella, antes de la época de Filipo, se asentaban pue-

blos de pastores trashumantes, que hablaban el mismo dialecto y vivían en campamentos temporales o poblados fortificados que habrían actuado como centros de intercambio, gobernados por soberanos locales, llamados *tshelniku*, quienes para ejercer sus funciones se rodeaban de un grupo de compañeros que formarían el germen de lo que más tarde sería el reino macedonio. Desde allí, entre finales del siglo VIII y finales del siglo VI a.C., sus nativos de origen ilirio-epirota se habrían extendido hacia el Este y el Sur en busca de llanuras costeras o simplemente por la presión poblacional que en esa región comenzaron a ejercer los ilirios por el Este y los tracios, desplazados a su vez por los cimerios, por el Oeste. Se harían primero con el control de la Pieria en torno al 650 a.C. aunque hay quien la considera ya parte de su núcleo originario, situada entre las estribaciones del monte Olimpo hasta el curso bajo del Haliacmón, obteniendo así la tan ansiada salida al Golfo Termaico.

Sin embargo, el proceso expansionista no acabó ahí, continuando entre finales del siglo VI a.C. hasta el V a.C. Sabemos por Tucídides (II. 99) que su territorio estaba dividido en tres grandes regiones: la Alta Macedonia, la Baja Macedonia y la Migdonia. La Alta Macedonia englobaba las comarcas de la Lincéstide (que junto con Pelagonia se encontraban en la denominada Región de los Lagos, situada al Noroeste del Lago Ocrida y formando frontera con los ilirios y los peonios), la Oréstide (al Oeste y en el Sur del lago Ocrida, junto al curso alto del Haliacmón y también fronteriza con los ilirios), la Elimea (al Sureste, situada en el curso medio del Haliacmón y frontera con el Epiro) y la Eordea (zona de pastoreo trashumante y también rica en madera situada al Norte del Haliacmón y que conformaba un territorio que comunicaba la Alta Macedonia con la llanura costera de Ematia). Estas regiones contaban con altiplanicies muy elevadas y montañosas destacando el Monte Olimpo con sus 2.917 m de altura. Por su parte, la Baja Macedonia estaba compuesta por llanuras aluviales generadas por los ríos Axio, Haliacmón y Estrimón más sus afluentes, que desembocaban en el Egeo septentrional, a ambos lados de la península calcídica, y se extendía desde las laderas septentrionales del Olimpo hasta el río Axio. Era el área más rica y urbanizada, y constituía el verdadero corazón del reino incluyendo la Pieria (en el curso inferior del Haliacmón en la costa hasta Tesalia con la que tenía frontera), la llanura de Ematia, la Almopia (tierra fértil con abundante madera y pastos de fácil acceso desde Bótia situada a ambos lados del curso alto del rio Lidias, afluente del Axio, en la vertiente Sur del Monte Barno) y al Sur de ésta la Bótia (hasta la orilla del Golfo Termaico, en cuya región se encontraba la fértil llanura de Ematia, que se extiende entre el curso bajo del rio Axio y el Estrimón, tras cruzar el Axio hacia el Norte, por encima de la península calcídica y que a la postre les serviría para comenzar a alternar la ganadería tradicional de la que vivían con la agricultura) fundando allí la capital Egas y más tarde la nueva capital llamada Pela. Finalmente, la Migdonia (Tucídides II, 99, 3-5) se extendía entre los ríos Axio y el valle del Estrimón, ocupando los macedonios también

Arturo Sánchez Sanz

la Crestonia y la Bisaltia (cuyo territorio albergaba al Norte las minas de plata del monte Disoro) –Ver mapa ilustración VI–.

Así, conformaron un reino que abarcaba alrededor de 30.000 km², desde el monte Olimpo hasta el lago Ocrida, con frontera al Este en el macizo de Ródope y el río Nestos, y los montes Pindo al Oeste. Pero su población era bastante escasa en proporción. La zona del Golfo Termaico disfrutaba de un clima mediterráneo que contrastaba con el frío continental del resto de regiones interiores, con amplias oscilaciones térmicas entre el invierno y el verano que permitían el cultivo de diversos frutales, la vid y el trigo, no así el del olivo, aparte de la enorme riqueza en pastos, madera y minerales con los que contaba el reino.

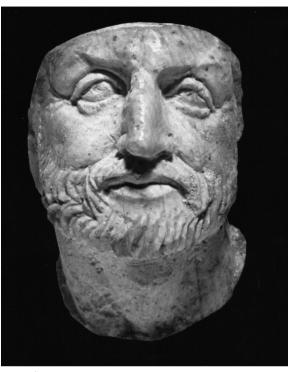
En cuanto a población se refiere, a principios del siglo V a.C., el reino macedonio estaba rodeado al Sur por los tesalios, al Oeste por los ilirios y los epirotas, al Este por los tracios y al Norte por los dardanios. Geográficamente su localización le convertía en un territorio estratégico al controlar los accesos a la Calcídica, la costa Tracia, el Bósforo y el Quersoneso. Será en este siglo cuando en el reino macedonio se estableció una suerte de dualidad territorial monárquica (Tucídides IV, 83.1) donde las zonas de la Baja Macedonia y Migdonia quedaron sometidas al control directo del soberano de la dinastía Teménida (aunque la denominación oficial era más clara en torno al origen griego de la dinastía haciéndose llamar Heráclidas, pues Témeno de Argos descendía de Heracles) como la "arché del rey"; mientras que la Alta Macedonia conservaba cierta independencia, en mayor o menor grado, según el poder del soberano macedonio fuera más o menos elevado, contando con sus propios reyes en cada una de sus comarcas (Tucídides IV, 83, 1) pero entre los que destacaba la dinastía real de la Lincéstide.

Tradiciones e instituciones de los macedonios

La principal institución del reino macedonio en la Antigüedad fue la monarquía, de carácter personalista y basada en relaciones de fidelidad, donde el rey se servía de sus nobles para ejercer el control militar del territorio y de las fronteras, a cambio de tierras, bienes y títulos. El rey contaba con amplios poderes sin apenas restricciones, controlando los recursos militares, económicos y naturales del reino, los aspectos religiosos y casi exclusivamente los judiciales. A pesar de ello, la relación entre el soberano y sus súbditos estaba regulada por una serie de normas consuetudinarias no escritas o nomos (Arriano, Anábasis IV, 11, 6), que el rey debía respetar a través de la eklesia o Asamblea. Esta se encargaba, principalmente, de ratificar el nombramiento de cada nuevo monarca, aunque siempre entre los candidatos pertenecientes a la familia real. Se constituía por el pueblo en armas, y en ella cualquier ciudadano tenía derecho a tomar la palabra. Expresaba su opinión sobre las propuestas presentadas, por aclamación o abucheo, votándose de esta forma por mayoría, y actuaba como la segunda institución más importante del reino. Sin embargo,

sólo se reunía a requerimiento del rey y ello demostraba su control sobre esta institución, aún a pesar del recorte en su poder que ésta podía ejercer a través de algunas de sus decisiones.

Además de las dos citadas, existían otras instituciones como la llamada Escuela de Pajes o Basilikoi Paides donde, a cargo del Estado, los hijos de las familias nobles macedonias recibían educación militar, filosófica..., junto con los rehenes tomados de otros reinos que de este modo eran integrados en la cultura helena. La Escuela de Pajes albergaba entre 85 y 200 alumnos divididos en cuatro cursos, a razón de entre 20 y 50 alumnos cada uno. Se ingresaba con 13 ó 14 años, y se graduaban a los 18 con disciplina estricta cuyas infracciones se cas-



PEQUEÑA ESTATUILLA CON EL POSIBLE ROSTRO DE FILIPO II (TUMBA II, VERGINA).

tigaban con azotes. Sus integrantes eran preparados para ocupar, en el futuro, cargos militares y civiles relevantes, aprendiendo a ser fieles al rey y a sus compañeros, además de estrechar sus vínculos con el heredero al trono, dando estabilidad así al Estado y a la dinastía macedonia.

El proceso expansivo del reino macedonio, que llegaría a su apogeo durante el reinado de Filipo, puso bajo su control numerosos y enormes territorios ganados por derecho de conquista. Si bien el soberano macedonio prefería que de su control y obediencia se encargaran sus reyes e instituciones tradicionales, aunque bajo supervisión y siempre que no hubieran mostrado seria oposición, en ocasiones se hacía necesario el envío de gobernadores de origen macedonio reclutados entre los nobles del reino, a cuyos miembros se denominaba como Compañeros o *Hetairoi*. Estos se encargarían de su vigilancia, del cobro de impuestos y del reclutamiento de contingentes militares que servirían en el ejército macedonio. En cualquier caso, si los soberanos y nobles de dichos reinos presentaban batalla antes de ceder sus reinos, Filipo hacía especial hincapié a sus soldados en que intentaran acabar con ellos durante la batalla de forma que, una vez vencidos sus habitantes, no contaran con apenas líderes a quienes seguir, aceptando mejor a sus nuevos señores y sirviendo ello para controlar más fácilmente el territorio. Pero, en muchas ocasiones, los nobles que sobrevivían

pasaban a formar parte de los *hetairoi* ya que con ello no sólo ganaban estatus y riquezas, sino que tenían la oportunidad de demostrar a su nuevo soberano su lealtad y, así mismo, éste también los mantenía cerca para controlarlos mejor. A lo largo del reinado de Filipo, el número de *hetairoi* habría alcanzado los 800 integrantes, en parte por la concesión de este honor a prohombres de los reinos conquistados y a alguna importante figura de origen griego que sirvió como alto funcionario por su elevada formación. Por Eliano (*HV*, XIII, 4) sabemos que los *hetairoi* asistían a los banquetes o *simposia* del rey y le acompañaban durante las tradicionales cacerías.

La monarquía macedonia se caracterizaba por la práctica de la poligamia, que llegó a generalizarse y hasta casi institucionalizarse¹. Probablemente se hizo en parte para asegurar, de esta forma, acuerdos políticos que ofrecieran estabilidad a un reino paulatinamente integrado por territorios pertenecientes a distintos pueblos que podían sublevarse en cualquier momento, y en parte para asegurar la descendencia del rey debido a la elevada mortandad de la época. Prueba de ello fue la política matrimonial de Filipo II, que se casó en siete ocasiones, siendo muchas de las elegidas princesas de reinos que habían caído dentro del ámbito de influencia macedonio y que sólo le proporcionaron varias hijas y dos hijos varones, uno Alejandro y el otro Filipo Arrideo, considerado como débil mental. Si bien esta práctica podía generar réditos políticos importantes, a la postre revertiría en un elevado alto de conflictividad, al existir posibles herederos de distintas ramas con similares derechos que podían hacer converger en sus personas el apoyo de numerosos nobles, deseosos de secundar las aspiraciones de un determinado candidato para, una vez que éste ascendiera al trono, cobrarse su ayuda con cargos y riquezas. Es por ello que en la historia de Macedonia existieron con relativa frecuencia períodos turbulentos, con asesinatos frecuentes de reyes surgidos por las luchas entre facciones. La Asamblea jugaba un importante papel en este proceso al encargarse de elegir al heredero y, por ello, era importante que los candidatos suscitaran cuantos más apoyos mejor entre los grupos de poder existentes. Normalmente, llevaba ventaja el heredero primogénito, aunque éste fuera en ese momento menor de edad, ya que si se daba el caso era habitual el nombramiento de un regente o epitropos de entre los familiares cercanos, preferentemente un tío o hermano con menores derechos directos.

No es menos discutido el carácter divinizado o de culto real que se ha asociado a la monarquía macedonia, sobre todo a raíz del reinado de Filipo, a través de la heroización de su figura. Por Arriano (I. 17, 11) sabemos que existía una estatua de Filipo en Éfeso, y en Eresos (Lesbos) se sabe de la existencia de una inscripción que menciona la existencia de altares en honor de Zeus Philippeios en el 340 a.C. Elio

^{1.} Al margen de los numerosos hijos bastardos, o nothos, del rey habidos con esclavas y que, en ocasiones, llegaban a alcanzar el trono, como en el caso de Menelao, y que a la postre daría pie a que diversas fuentes clásicas utilizaran este apelativo con un carácter despectivo para designar a algunos monarcas macedonios.

Arístides indica que antes del 357 a.C., Filipo ya recibía honores divinos en Anfípolis. Clemente de Alejandría muestra que, tras la victoria de Queronea en Atenas, se aprobó una ley para rendirle culto en un santuario erigido en honor al supuesto antepasado de Filipo, Heracles. Según Diodoro (XVI. 92, 5), durante las celebraciones por boda de Cleopatra, hija de Filipo, con Alejando el Moloso se produjo una procesión de doce estatuas de dioses olímpicos a las que seguía la del propio Filipo. Pausanias (V. 20, 9-10 y V. 17, 4) nos relata que, tras vencer en Queronea, Filipo quiso construir un edifico, ya fuera un santuario o un *heróon*, en Olimpia llamado Filipeion donde colocaría las estatuas de su familia y de sí mismo, hechas en oro y marfil que eran los materiales destinados a las estatuas de los dioses o *agama*; pero Pausanias se equivocaba, ya que de sus restos se ha comprobado que se trataba de mármol dorado y no de marfil y oro, siendo definidas por Diodoro como *eikon* o estatuas sin ninguna connotación religiosa. Por lo que, al no contar con altar ni hogar para el culto, se trataría de un edificio cuya finalidad sería únicamente la de conmemorar su hegemonía en Grecia.

Tradicionalmente los reyes macedonios habían sido considerados como semidivinos en vida y eran deificados a su muerte, como sucedió con Arquelao. A pesar de ello, según Quinto Curcio (X. 5, 11), Alejandro había pedido a sus soldados honores divinos en vida, que éstos a través de la Asamblea le habrían negado. Ello indicaría, al menos, que alguno de sus antecesores también lo había pedido con mejor fortuna y diversos autores indican que éste habría sido Filipo, cuyas victorias reforzaron entre los macedonios la idea de que realmente era descendiente de Zeus a través de Heracles. Pero, en general, se cree que Filipo debía ser consciente, y más sabiendo de su interés en acercarse al mundo griego y de la necesidad de su apoyo para la aventura persa que, si bien en Macedonia pudo ser algo menos extraño, para los griegos significaba una blasfemia terrible y por ello sólo se había concedido en casos excepcionales. Filipo no podía permitirse que lo acusaran de impío y la aparición de estatuas en su honor no probaría, más allá de toda duda, que éstas tuvieran también un carácter religioso. Había muchas de ellas de otros personajes importantes por toda Grecia con las que las ciudades simplemente buscaban con ello conceder un gran honor al representado, más que aceptar su divinización.

Macedonia era un territorio fronterizo del mundo griego frente a los bárbaros, donde enemigos como las tribus del Norte acuciaban constantemente y amenazaban con desmembrar el reino, haciendo que el poder de las armas se convirtiera por derecho propio en un elemento vital. Igualmente, en esta época se caracterizaba por conformarse como un reino territorialmente extenso y rico en recursos pero anclado en el ruralismo y la defensa de las tradiciones. A pesar del carácter periférico que ostentaba en el ámbito griego, los macedonios siempre se sintieron helenos frente a las tribus y territorios bárbaros que los rodeaban, aún a pesar de que los propios griegos no pensaban así de ellos, teniéndolos por una sociedad tan bárbara como aquellas que

Arturo Sánchez Sanz

amenazaban su propia existencia. Por todo ello, el tema del principal debate ha consistido, ya desde la Antigüedad, en si podía considerarse a los macedonios como helenos o no. Éstos, consideraban sus costumbres como muy diferentes a las suyas y tenían más en cuenta el hecho de que entre ellos se comunicaran mediante su propio dialecto macedonio que el hecho de que también supieran hablar en griego. El famoso político ateniense Isócrates (Filipo, 154) los consideraba griegos, y se permitió a Macedonia la participación en los Juegos Olímpicos en época de Alejandro I (476 a.C.), pero para ello hubo de superarse la oposición de los magistrados de Olimpia, llamados helanodicas, encargados de juzgar las incidencias que se cometieran en los Juegos, ya que dudaban de que la tradición que emparentaba a los Teménidas con Heracles fuera cierta. Como ellos pensaba el famoso orador y opositor tradicional de Filipo, Demóstenes de Atenas, así como la mayoría del mundo heleno, bajo el argumento de que no había formado parte del mundo micénico. Ello pudo deberse a que en numerosas ocasiones las fuentes clásicas hacían referencia a los banquetes desenfrenados que habitualmente se realizaban en la corte macedonia, sus excesos con la bebida durante sus celebraciones y su gusto por juegos como los dados. Se dice que bebían tanto cerveza como vino sin aguar, cuya graduación se desconoce aunque en aquella época pudo estar entre 15 y 16º grados, y se esperaba de los hetairoi fueran capaces de beber toda la noche, para después luchar en batalla por la mañana y celebrar la victoria de nuevo a la noche siguiente de la misma manera. Comentarios como éstos seguramente eran conocidos por la población griega y contribuían a formar esa imagen bárbara de los macedonios, aunque el proceso helenizador que desde la corte se había iniciado mucho tiempo atrás, además de la asistencia a la Escuela de Pajes y de la influencia de territorios griegos fronterizos como Tesalia o las colonias griegas de la Calcídica, debieron ayudar a que la corte macedonia culturalmente se acercara más a los griegos que a los bárbaros, aún a pesar de mantener tradiciones como aquellas.

En cuanto al importante tema de la lengua hablada por los macedonios, ya que esto influyó en el debate sobre si Macedonia debía ser considerada como parte de la Grecia civilizada o no, existen varias corrientes. Una de ellas defiende que su lengua originaria se conformó como una rama del dialecto ilirio-epirota, otros que la comunidad originaria macedonia era de ascendencia tracio-frigia, y están quienes consideran que se trataba de un dialecto griego. Ello hace pensar que la lengua macedonia debió formarse como un dialecto mixto que incluía palabras claramente helenas con otras que no lo eran, debido a la influencia griega de las regiones antes mencionadas como de los territorios vecinos de Iliria, Tracia, Frigia o el Epiro. En cualquier caso, Filipo utilizaba el dialecto macedonio para tratar con sus soldados y nobles para mostrarse menos formal, del mismo modo que quienes se dirigían a él lo hacían por su nombre y su patronímico o etnónimo pero no por su título, y sólo en señal de respeto quienes le hablaban se quitaban antes el casco o el sombrero; se empleaba el griego en sus reuniones diplomáticas.